

TEATRO

Apertura del Olimpia con el "Galileo Galilei"

FUNDADO en el '73, a raíz de una edición del Festival de Manizales (Colombia), el GIT (Grupo Internacional de Teatro, formado por españoles y latinoamericanos) acaba de dar el paso más importante de su historia. Primero, por su decisiva participación en la conquista del Olimpia, un cine popular en la plaza de Lavapiés transformado ahora en sala teatral de excelentes posibilidades. Y, segundo, por su montaje de "Galileo Galilei", de Brecht, trabajo, sin duda, más riguroso que todos sus anteriores.

El primer punto supone un desarrollo de la que fue durante años ejemplar política de la sala Cadarso. El Olimpia es mejor local. La presencia del GIT supone la existencia de una compañía semititular. Y las dependencias permiten la planificación de una serie de talleres. Pero el espíritu

de la sala —desde la actitud y condición del público a las características del espectáculo y de la compañía— nace de la larga y ejemplar aventura de la Cadarso, hoy gubernativamente cerrada en base a una reglamentación inaceptable de los locales de espectáculos. En cuanto al segundo punto, también podría decirse que "Galileo Galilei" es a "La madre", su anterior espectáculo, lo que el Olimpia es a la Cadarso.

Esta vez no existen las aren-

gas políticas ni —como en "Ratas y rateros", versión del GIT de "El retablo del flautista"— las claves indisolubles que permiten hablar a gritos de lo que la censura no quiere que se nombre. Esta vez no basta "estar de acuerdo políticamente". "Galileo Galilei" es una pieza compleja, un discurso que debe ser transitado paso a paso, hasta llegar a esa escena última, pasada por muchos a la ligera, en la que Brecht, por boca del físico italiano, hace



"Galileo Galilei", de Brecht, por el GIT.

una severísima corrección —y, en cierto modo, una autocrítica— de ciertos postulados tenidos por revolucionarios hasta la bomba de Hiroshima. Sabido es, en este sentido, que la obra tiene dos versiones. Y que si en la primera Brecht ensalzaba la astucia de Galileo —que habría salvado su vida y recompuesto sus "Discorsi" tras la aparente sumisión a la Iglesia—, en la segunda y definitiva cuestionó claramente el valor político de esa conducta. En principio, la reflexión brechtiana se ciñe al comportamiento de los científicos, rechazando la idea de que los hallazgos de la ciencia son en sí mismos progresivos y preguntándose por el uso —por el dominio— de los descubrimientos. El conflicto formulado por Brecht es evidente: si la abjuración de Galileo consolida la posibilidad de reproducir los "Discorsi" —secuestrados por la Inquisición—, lo cual es bueno para la ciencia, esta abjuración es, a su vez, motivo de desengaño popular, lo cual es malo para la sociedad y contribuye peligrosamente a poner a aquélla lejos de la pasión y la curiosidad general. Si ampliamos esta reflexión

CULTURA A LA CONTRA

Los pasos perdidos

BUENO, pues se acabaron las Navidades, sus pompas y sus galas. ¡Qué alivio! Las Navidades son un tiempo vampírico, un tiempo muerto que sale de su tumba cada año, con la exactitud de un espectro, para recordarnos que, a pesar de los posibles cambios formales en nuestra vida, el espíritu de la tradición sigue igual, y los muertos —aunque ya estén olvidados, o lo parezcan— mantienen sobre nosotros todo su imperio. Conmemoramos en estas fechas, nos dicen los magos, tratando de revalidar las cosas en razón de su antigüedad, no sólo el nacimiento del Héroe mítico que da nombre a nuestra Era, sino aún mucho más: la Navidad es descendiente de un ritual pagano que conmemora el cambio de las estaciones, el equinoccio —o el solsticio, lo he olvidado— de invierno, y la renovación del tiempo cíclico. Bueno, pues tanto peor; si ya me fastidia bastante la idea de una Historia lineal, que nos conduce necesariamente a un desenlace, más me desagrada el pensar en un tiempo cíclico, donde todo se repite de una manera inexorable, de acuerdo con leyes que lo son a fuerza simplemente de repetirse mucho.

Ya se ha acabado un año, e incluso una década, y ya estamos en los famosos ochenta. Y con el agua al cuello, esperando el apocalipsis —revelación y catástrofe a la

vez— como única solución posible, o al menos como fin de nuestros males. Estas fiestas han sido como una sala de espera —sala de los pasos perdidos, llaman los franceses a esos cuartuchos de las estaciones, donde los viajeros esperan, aburridos, el próximo y también aburrido tren—, como una antesala de los años ochenta, que los vocingleros aclaman. Y no parece que ahora tenga el cielo un color especial ni que la Tierra se estremezca con pisadas de dioses nuevos. Todo sigue igual, aunque un poco peor: todo está un poco más caro, la vida es todavía más precaria y miserable que hasta el momento, y el desconcierto ante lo que pasa —cada vez más fioso e incomprendible "lo que pasa"— no hace más que aumentar. Me temo que nos esperan todavía más años de aburrimiento, de tedio, que pretendemos en vano paliar con tontos juegos, como niños encerrados sin juguetes en su habitación: años de leer libros que no interesan, de ir a películas caras y pesadas, de ver conciertos dados por ineptos, de soportar presiones tontas, de aguantar políticos y curas en todas las esquinas. Nada va a cambiar porque cambie un año, igual que las horas no pasan porque lo diga el reloj.

Ya se ha acabado un año, y estamos como siempre. Un poco más cansados, porque en estas fiestas —a pesar de la austeridad y

del ahorro que el empobrecimiento progresivo nos impone— se ha juergueado mucho y se ha divertido uno poco, y eso cansa. Y, claro, un poco más viejos.

Hace frío, parece que más frío que nunca —pero no es verdad; cada invierno decimos lo mismo, con una preocupación por las variaciones climatológicas verdaderamente incomprensible en quien no es ni agricultor ni ecologista—, y los días se van haciendo, de manera imperceptible, cada vez más largos. Esto quiere decir que se acortan las noches y que el tiempo que tenemos reservado aquellos que con dificultad podemos soportar la hiriente luz del sol nos es administrado con usura; el año inaugura sus restricciones de tinieblas. Todo tiene pinta de cosa vieja, de tiempo ya vivido antes; si el futuro está aquí, si ya ha llegado, se parece muchísimo al pasado. Y esos retirados con boina y gabán gris que se reúnen en las plazas para coger el único rayo de sol del día nublado parecen personajes de viejísima película neorrealista y algo poética. Van a volver tiempos de miserabilismo, porque vuelve la miseria. ¡Qué aburrimiento! Habrá que emigrar, marcharse a un sitio donde los años pasen de verdad. O poner, de una vez, en marcha el cuentakilómetros del calendario, a ver si así algo cambia. ■ EDUARDO HARO IBARS.